



Daniel Giralt-Miracle

Locura libresca

Las estrechas relaciones de la ciudad de Barcelona con el libro y, en consecuencia, la importancia de la producción editorial en la cultura catalana no son nuevas. Al contrario, se remontan a mucho tiempo atrás. Aun en la literatura universal encontramos referentes de esta interdependencia. El primero y más conocido aparece en la segunda parte de la novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (capítulo LXII), donde Cervantes relata cómo don Quijote y Sancho Panza, paseando por las calles de la ciudad, descubren un taller de imprenta que, ante la fascinación que les provoca, visitarán con toda atención. Dice Cervantes: “Sucedió, pues, que yendo por una calle alzó los ojos don Quijote y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: “Aquí se imprimen libros”; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto imprenta alguna y deseaba saber cómo fuese.”

Es evidente que por tratarse de una novela, esta alusión puede ser tanto real como ficticia. Pero lo cierto es que la única ciudad que visita don Quijote a lo largo de la obra es Barcelona, un lugar que en aquellos momentos se caracterizaba por la abundancia de talleres tipográficos, fundados por impresores procedentes de Alemania y de Suiza. Cervantes, que según parece había estado en Barcelona en 1610, conocía la ciudad y la actividad impresora que en ella se llevaba a término, en relación con las otras capitales españolas en las que se había implantado la imprenta, y que la convertía en un centro muy destacado del panorama editorial peninsular. Por tanto, que el autor escogiese Barcelona como el escenario para el citado episodio del Quijote no es una decisión aleatoria ni producto del azar.

El otro referente literario lo firma Gustave Flaubert. Se trata del cuento *Bibliománia*, publicado en la revista *Le Colibri* en febrero de 1837. El que llegaría a ser gran novelista francés y una de las figuras de la narrativa realista, escribió a los 16 años este breve relato a partir de una noticia aparecida en la prensa y que se hacía eco del proceso emprendido en Barcelona contra un bibliómano y antiguo monje, acusado de incendiar por *locura libresca* el establecimiento de un competidor. El cuento, situado en la ciudad de Barcelona pero en un tiempo y lugar indeterminados, fue con posterioridad traducido y editado en una publicación realizada en torno al suceso que originó el relato y en esta ocasión el libro se titulaba *El librero asesino de Barcelona*. La precisión de las palabras con que el autor de *Madame Bovary* describe a Giacomo, el librero protagonista y sus sentimientos, es en verdad tan intensa y está tan bien trazada que vale la pena recordarla: “Sólo tenía una idea, un amor, una pasión: los libros. Y este amor y esta pasión le quemaban por dentro, le consumían los días, le devoraban la existencia (...), recorría las galerías de su biblioteca en éxtasis y arrebatos (...). Sus manos temblaban con tocar los libros de los estantes, estaban calientes y húmedas. Tomaba un libro, lo hojeaba, tocaba el papel, examinaba los dorados, las cubiertas, las letras, la tinta, los pliegos y la composición de los dibujos en la palabra *finis*. Después lo cambiaba de lugar, lo colocaba en un estante más alto y se quedaba horas enteras mirando el título y la forma (...). ¡Oh, qué feliz era el hombre aquel! Feliz en medio de toda aquella ciencia de la cual apenas comprendía la elevación moral y el valor literario. Era feliz en medio de todos aquellos libros (...). Amaba un libro porque era un libro, amaba su olor, su forma, su título.”

Es probable que estas dos referencias puedan ser tildadas de anecdóticas. En todo caso, sin embargo, ponen en evidencia que tanto en el siglo XVII como en el XIX, Barcelona era reconocida en el mundo entero por su actividad editorial, una característica

que aún hoy se mantiene viva, porque en una ciudad y una cultura donde desde antiguo han coincidido escritores, editores, traductores, tipógrafos, grabadores, encuadernadores, artistas..., no es extraño que se produzcan locuras y pasiones que nos permitan hablar de una auténtica bibliomanía. El libro, siguiendo el paso del tiempo, ha vivido las transformaciones técnicas, conceptuales y estéticas propias de cada época. Pero a pesar de las múltiples transmutaciones y de la amenaza de la multimedialidad, el concepto de libro se mantiene. Y no sólo eso, sino que se metamorfosea como si tuviera mil y una vidas, como si se resistiese a desaparecer. Y en esta actitud tenemos mucho que ver todos aquellos que producimos libros y todos aquellos que no dudamos de que éste es un invento irrenunciable.

Por este motivo, el año en que nuestra cultura es la invitada de la Feria del Libro de Frankfurt, nos parecía oportuno abrir una ventana desde la que se pudieran ver algunas de las manifestaciones que se han producido en las últimas décadas en Catalunya de la creación más experimental, la que entiende el libro como obra de arte. No es nuestro propósito realizar un repaso del amplio repertorio que ha generado la producción editorial catalana desde sus orígenes medievales hasta la contemporaneidad –objetivo que, por otra parte, perseguía la exposición *Barcelona, una capital editorial*, que en 1991 se presentó en la Pauluskirche de Frankfurt–, sino que pretendemos ir un paso más allá para mostrar las mutaciones que en nuestro país ha vivido el libro en los últimos años, tanto en su forma como en su fondo, porque tanto el continente como el contenido han estado sometidos a reflexión y se han convertido en un campo en que ensayar nuevas opciones de su objetualidad, sin perder, no obstante, la condición de libro, porque el libro, como dijo Borges, es una “herramienta de la imaginación, un compañero de la memoria y los sueños (...), un objeto material, igual de tangible y de práctico que unas tijeras o que un microscopio, tan inmediato en su presencia y en su utilidad como un pan o un paraguas, sólo que mucho más versátil.”

Así pues, la historia que queremos explicar es una historia local que sintoniza con la que ha acaecido en el mundo, movida por las inquietudes, las búsquedas y los hallazgos de los movimientos de vanguardia. Es una historia que comienza con los libros ilustrados, los que surgen cuando un autor y un artista se encuentran buscando territorios de colaboración sobre el soporte-libro y que tiene su momento estelar en el libro de bibliófilo, cuya continuidad se halla en el *livre de peintre* o libro de artista, donde la dimensión plástica consigue cada vez mayor preponderancia, de manera que el artista lleva la iniciativa haciendo en ocasiones de la parte textual una suerte de anécdota. El paso siguiente se produce cuando el artista entiende el libro no solamente como soporte sino también como materia de reflexión y lo convierte en una pieza de arte de la que se sacan ediciones muy reducidas. Ni que decir tiene que las vanguardias históricas son las precursoras de una nueva forma de entender el libro, que amplía el concepto de obra de arte porque supera la idea tradicional del libro ilustrado hasta entonces no explorada lo suficiente, y que toma como modelo la *Boîte-en-Valise* (1936) de Marcel Duchamp, sin duda el primer libro-objeto autónomo o “anti-libro” del siglo xx. Porque esta expansión del concepto de libro de arte que Duchamp proponía es el que abrió las puertas a un campo de experimentación infinito, pues en él todo tiene cabida. Físicamente (cubiertas, pliegos, tipos, imágenes, colores, formatos, contenedores, etc.) y conceptualmente (narraciones, acumulaciones, escrituras, fotografías, análisis lingüísticos, propuestas perceptivas, etc.), todo es posible y, por consiguiente, se realizan unos *pro-*

ductos que piden la implicación del lector, el cual no sólo ha de poner al servicio del libro los ojos y las manos, sino el intelecto y las sensaciones. Por tanto, el objetivo es crear una *opera aperta* que posibilite que cada usuario haga su lectura y llegue a conclusiones propias en la interacción física y espiritual que se le propone.

La vía iniciada por los futuristas italianos, los constructivistas rusos, los surrealistas franceses, los expresionistas alemanes y, después de los años sesenta del siglo xx, los pops americanos, nos lleva de los libros a los meta-libros, a los libros expandidos, a una generación de libros que no solamente miran al futuro en busca de la innovación conceptual y técnica, sino que recuperan asimismo elementos remotos de la historia del libro como el rollo de papiro, las tablillas romanas, el papel hecho a mano, las técnicas de encuadernación artesanal, los estarcidos, los pictogramas, los ideogramas, etc., porque ya hemos entrado en una nueva era en que los creadores de libros juegan con posibilidades ilimitadas, yendo más allá de lo antiguo y de lo moderno y prescindiendo del tiempo, ya que lo que en esencia buscan es invitar al lector/espectador a vivir una experiencia intelectual y sensorial intensa.

Las obras que integran esta exposición, así pues, han sido seleccionadas entre aquellas que entendemos que han seguido un camino de experimentación, y con voluntad de presentar esta evolución en nuestra cultura visual. Empezamos con los libros ilustrados, seguimos con los libros de artista y terminamos con los libros-objeto, realizados individual o colectivamente por nuestros creadores, en un recorrido que muestra cómo con el paso del tiempo se han ido incorporando nuevos recursos y nuevos lenguajes. Si inicialmente trabajaron el libro los artistas plásticos, los pintores, los escultores, los grabadores, los ilustradores y los artesanos, a partir de los años ochenta del siglo pasado las nuevas generaciones de artistas multimedia, de diseñadores y de fotógrafos, entre otros profesionales procedentes de la arquitectura, el cine o la música, también incidieron en este campo, atraídos por las alternativas que ofrecía y rompiendo así la barrera existente hasta entonces entre el arte y el diseño, y entre lo material y lo intelectual.

El punto de partida de la exposición lo determinan los trabajos del grupo Dau al Set, fundado en 1948, y en el que encontramos entre otros a Tàpies, Cuixart, Ponç, Brossa y Tharrats. En una época hostil, como fueron los años posteriores a la guerra, estos artistas no sólo recuperaron la libertad de pensamiento y de acción, sino que con sus revistas y sus libros retomaron el espíritu de la vanguardia que en nuestro país habían impulsado Picasso, Dalí y Miró, y abrieron las puertas a una vía de creación que combina el lenguaje del arte con el de la cultura visual contemporánea. A partir de las aportaciones del Dau al Set, poesía y plástica se incitan mutuamente, los lenguajes se entrecruzan, los recursos iconográficos se amplían, la cultura popular y la alta cultura cohabitan, y como resultado de esta interacción, la ilustración, la letra, la forma, el color... vuelven a dar sentido a estas publicaciones, revistas, catálogos, folletos, desplegables, objetos..., al tiempo que nos demuestran que, si bien nos gusta llamarlas con el nombre de libros, mental y estéticamente estamos hablando de arte puro.

Daniel Giralt-Miracle

